

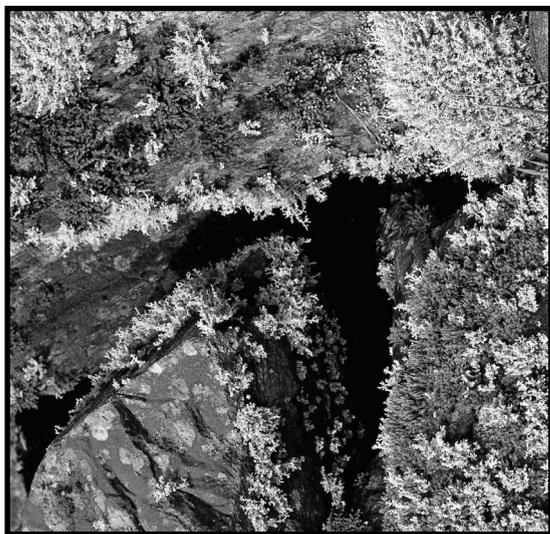
# FENOMENOLOGÍA

## “MAGOAMOR” Y LA FARMACOPEA DE DIOS

Carlos Lozano Quijada

*Ganador VIII edición Premios Vida-Salud modalidad  
Profesionales-estudiantes de Enfermería*

### LOVEWIZARD AND GOD'S PHARMACOPEIA



Los ojos grises de José, con unos parpados algo caídos, y las arrugas que el tiempo no le perdona, no consiguen apagar una mirada atenta y entusiasmada que dirige a su confidente. Los años de enfermero vividos le hacen disfrutar de una capacidad de implicación asombrosa en la escucha. Quizá sea ese el motivo de su posición corporal: sentado sobre una vieja silla acolchada, y echado hacia adelante apoyando sus antebrazos en sus enjutas piernas. Vestido de blanco, con unas cómodas zapatillas del mismo color, y gafas de metal plateado, José da la impresión de una persona seria y razonable. Su pelo algo largo pero bien peinado hacia atrás y al lado, se quedó en esa transición entre el negro y el blanco que la edad encarga. El bigote, característica suya desde antes que nadie lo conociese, muestra ahora las imperfecciones típicas de llevar un tiempo sin ser arreglado.

Son muchos los años escuchando y acompañando a personas encerradas en estas paredes, y todos los compañeros le identifican como un referente dentro de la institución. Trabajar en un Centro Psiquiátrico normalmente curte el alma transparente de cualquier persona, convirtiéndola en traslúcida, y a veces incluso en una opacidad propia de un muro. José sin embargo siempre ha superado esa barrera, y nunca ha impedido que lo hagan los demás.

José mira con la cabeza agachada sus manos fuertes y pálidas, que frota con ansiedad. La impaciencia por seguir escuchando a su paciente y confidente le delata. Sobre la cama, sentado en el mullido colchón se encuentra el que José denomina como “Magoamor”. Su nombre es Carlos y el mismo José le describe como una persona joven y fuerte. El pelo negro, bien cortado y peinado, refleja a una persona convenientemente preocupada por su aspecto. El rostro bien afeitado, una mandíbula marcada y una nariz recta y fuerte, acompañan a unos ojos negros que con su limpio brillo obligan a ser mirados fijamente. La seguridad que muestra contando sus experiencias, borran en el veterano enfermero cualquier atisbo de indiferencia ante unas historias que para él no son como ninguna de las anteriores. El aspecto elegante y pulcro de Carlos es lo que más sorprende a José; se pregunta cómo una persona como él ha podido caer en las confusiones del amor loco. Carlos apareció en el Centro hace tres días de manera inesperada. José es el único que habla con él y desde que llegó se ha sentado a diario durante horas en esa silla frente a la cama para escucharle. Este experimentado enfermero relata luego a sus compañeros que Carlos ha creado en su mente un amor tan perfecto

como irreal. Aún así, él mismo no ha sido capaz de intentar sacar del engaño a su paciente. José, dentro de su ética profesional se plantea dejar dentro de ese utópico mundo a una persona de la cual tiene serias dudas sobre su capacidad de ser feliz extrayéndolo de su maravilloso sueño. Las cuestiones que le abordan son cada vez más enfrentadas con el verdadero motivo de su presencia en esa sala tal y como él sabe: las conductas patológicas en este lugar deben ser tratadas, y finalmente arrolladas por la realidad. Parece ser que Carlos ha podido leer y reflexionar sobre pensamientos más allá de la filosofía convencional, y refiere que el enfrentamiento entre lo real y lo irreal hay que abordarlo desde su inicio. Pensando sobre algunos comentarios que sutilmente Carlos ha sabido dejar en el aire, José se da cuenta de que algunos de sus planteamientos más firmes pueden ser derrocados si nos abstraemos de la vida cotidiana y cómoda en la que nos sumimos. Tal vez haya que plantearse en que lado de la separación ilusoria de esos dos mundos de realidad nos encontramos. José leyó en una ocasión que Descartes planteaba la posibilidad de la existencia de un pequeño ser, un duende, que dirige toda su atención al engaño de nuestros sentidos. Ese duende travieso nos hace creer que todo aquello captado por nosotros es real, y sin embargo, él mismo pequeño ser se encarga de distorsionarlo. La confusión a la que nos puede llevar, solo es posible evitarla, según Descartes, elevándonos a un nivel superior a los sentidos, donde ellos no influyan, y donde la realidad se mostraría imperturbable. José reflexiona en silencio sobre todo ello en un paréntesis de la conversación recientemente comenzada. Por un instante siente agobio, todas estas cuestiones por momentos le desbordan. Decide alejarse temporalmente de esa meditación y con la voz rasgada por el tabaco que durante años ha fumado, pregunta a Carlos sobre aquello que más le gusta escuchar:

- ¿Puedes contarme de nuevo cómo es ella?

Las miradas fijas de ambos, los ojos grises sobre los brillantes negros, descubren que la importancia de todo ello se basa simplemente en la existencia de un dulce amor: María. José no es ajeno a que todo lo que su paciente cuenta sobre ella sólo existe en su mente. La psicosis esquizofrénica es una enfermedad que diluye la línea de

los sueños. La terapia dialéctica debe ir acompañada de un tratamiento farmacológico para que se pueda retornar a esa "realidad". Cuando las sustancias que rigen nuestro organismo (a las que este enfermero se refiere como "la farmacopea de Dios") se alteran inexplicablemente, tienen lugar estos trastornos mentales tan frecuentes entre esas paredes. Escapando por momentos de las normas en este tipo de actuaciones, José no puede evitar incentivar esa irreal verdad de sentimientos, dejando que la curiosidad dirija sus pretensiones en este diálogo. Carlos alza la vista hacia la ventana de la habitación deteniéndose antes ligeramente en el ilusionado rostro de José. Las rejas no son suficientes para retener una mirada libre al cielo inusitadamente gris en esta localidad. Su voz se funde con la mirada infinita y comienza a hablar:

- El primer día que la vi, el cielo estaba igual de gris. Yo me había sentado en un banco de un parque de las afueras y me mantenía ajeno a todo mí alrededor. La gente paseaba tranquilamente hasta que comenzaron a caer algunas gotas. En breves segundos no quedaba nadie andando por allí. Yo sin embargo me mantuve inmóvil, dejando caer las gotas sobre mi cara y deteniéndome en esa cosquilleante sensación. Cerré los ojos y me evadí de todo lo que superara aquel banco y aquella lluvia. En ese intenso momento de soledad fue cuando note al otro lado del asiento su presencia. Creo que antes de abrir los ojos ya sabía lo que iba a encontrar. Volví mi rostro y con la mirada alcancé en el otro extremo, sentada, a una chica que con los ojos cerrados se dejaba llevar por el suave recorrer de las gotas por su rostro. Su tez morena parecía tener una textura de terciopelo húmedo que me hubiera encantado acariciar, pero por supuesto me mantuve inmóvil contemplándola. No recuerdo bien cuanto tiempo pasamos allí mojándonos, pero me pareció algo maravilloso. Al rato abrió los preciosos ojos negros y me miró. Una dulce sonrisa esbozada con esos bien definidos labios rosados fue su único gesto de despedida antes de marcharse. Allí me quedé yo de nuevo solo, pero ya desde ese momento con la seguridad de haber encontrado el motivo de mí vida. Las tardes que siguieron regresé sin falta al mismo lugar y siempre que cerraba los ojos durante unos segundos, al abrirlos la encontraba allí. Desde el segundo día comenzamos

a hablar, sobre todo yo. Ella escuchaba atentamente todo lo que yo le contaba. La gente pasaba y nos miraba. Yo creo que era ella la que más llamaba la atención. Es difícil explicar que hay en ella que me fascine tanto. Su cuerpo parece estar hecho con todos los detalles que todo escultor hubiese querido atribuir a su obra. Su carácter siempre calmado me transmite una serenidad de la que nunca antes había gozado. Sus consejos son siempre a modo de pequeñas opiniones que siempre desvelan el lado razonable de las cosas. Una sonrisa suya es la muestra de la felicidad extrema que es capaz de contagiar a todo aquel que comparta un momento con ella. María es así de dulce y real y ahora os empeñáis en decirme que solo es obra de mi imaginación- finalizó con cierto ímpetu.

- Entiéndeme Carlos, yo solo quiero encontrar una explicación a esto que te ocurre y que nosotros no somos capaces de captar - dice José con voz de pena mirando el rostro de incompreensión de Carlos. Él sabe que el amor que relata su paciente no tiene los límites que el resto nos empeñamos en tener. Siente envidia de no haber podido él también, alcanzar ese estatus maravilloso de amor compartido. La soledad en la que vive fue trunca da en una ocasión por el amor, pero aquello acabó destrozando también su vida. El regocijo en la tristeza creada, es la única sensación que a diario le demuestra estar vivo. Ahora intenta apartar de él esa agotadora sensación.

- Todo el mundo busca en la vida lo que yo he encontrado -comienza explicando Carlos de nuevo- , cualquiera que como yo lo hubiese encontrado no dudaría que los sentimientos son la verdadera expresión de la vida. No me cuentes historias de qué debo hacer para ser feliz. Dime que seré más feliz sin ella, y tú mismo te darás cuenta de la incongruencia de tus palabras. Si pretendéis hacer el bien a las personas, no deberíais retener a alguien como yo. Si mi vida fuese una farsa no latiría mi corazón como lo hace cuando me encuentro a su lado. Ella lo es todo para mí, porque sin ella no siento, y siendo así, mi cuerpo, mi vida, no es nada. No me hables de lo que tú y tus colegas no veis, pues ni mis emociones, ni las de nadie, estarán nunca al alcance de vuestra vista. Tal vez haya en este mundo un hueco interno para cada uno, donde los sentimientos aborden la realidad de una

manera diferente. Es posible que tengamos un lugar donde podamos combinar el amor con la magia de los sueños. No me engañes, si lo piensas hay miles de cosas que todos vemos y sentimos y los demás no. ¿Cómo es posible que cada noche sueñes algo que inconscientemente tienes en tu cuerpo?; al día siguiente por mucho que quieras no podrás narrar con toda exactitud ese sueño, y además nadie lo habrá compartido contigo. ¿Cómo podrías demostrarme que has soñado lo que dices? ¿Cómo narrarías las magníficas sensaciones que produce la lluvia sobre tu rostro?; tal vez todo ello sea falso y tú sin embargo estés convencido de ello. ¿Quién marca en este mundo los límites de la realidad?, ¿los marcas tú, o te los marcan los demás?

José se queda callado durante unos segundos, apoya su espalda sobre el respaldo y alza la cabeza mirando el techo. Mil dudas le abordan, y no sabe como encontrar respuesta. Vuelve la cabeza hacia un lado y observa el falso cristal opaco de la puerta desde donde se suele vigilar a los enfermos. ¿Estará alguien observando ahora? José tiene la tentación de comenzar a contar a su paciente- confidante detalles de su propia vida. Las dudas que le abarcan van más allá de lo que nunca antes hubiera imaginado. Las explicaciones que inteligentemente estos días Carlos le da para explicar su situación siempre van directas hacia el foco de sus dudas más íntimas. Su paciente parece ir en el mismo sentido que sus pensamientos antes de comenzar esta conversación. José vuelve a recordar el duende que Descartes que tan ingeniosamente ideó. Quizá el mismo Carlos sea el antídoto para ese duende en forma de mago del amor. Al fin y al cabo -piensa- no son tan descabelladas las ideas que le cuenta. La habitación donde se encuentra con esa ventana al exterior, pudiera ser el verdadero margen actual de los íntimos sentimientos, y tras la puerta sólo se hallarían los límites impuestos por un pensamiento comunitario incapaz de superar las barreras.

La vista de José vuelve a detenerse en Carlos. Nunca antes había tenido un paciente con el que se implicara tanto. Un paciente que habla del amor como único fundamento de su vida, está siendo capaz de romper los cuadrículados sistemas de la ciencia que José, como todos, aprendió de pequeño. Los términos de la ciencia actual sobre la cual

asentamos nuestras vidas podrían ser tan irreales que solo la idea de pensarlo asuste. José mira el informe que sostiene en sus manos como un amara a su realidad. El historial de Carlos aparentemente repleto de anotaciones relata que alguien llamó a la policía contando que todos los días se sentaba en el mismo banco por las tardes y se pasaba horas hablando solo. Él en ningún momento mostró resistencia el día de su apresamiento y simplemente se limitó a decir a los policías que lo trajeron, que sabía que el amor que sentía no podía ser entendido por los demás. Cuando llegó, José fue el primero que fue a conversar con él. Una de las primeras cosas que Carlos le dijo fue “no te dejes engañar por tus ojos y tus oídos, déjate llevar por tus sentimientos”. La cascada de sensaciones que provocó esa simple frase le introdujo inconscientemente en un estado de reflexión constante sobre todo su alrededor. Luego en posteriores conversaciones como la de hoy, Carlos retoma las individuales elucubraciones de su terapeuta que él sabiamente ha propiciado en jornadas anteriores.

Los múltiples silencios evitan que cualquier frase sea dicha de manera impulsiva e irreflexiva. Por ello Carlos definitivamente decide lanzar sutilmente una escueta y arriesgada pregunta a José, sabedor de alcanzar directamente el fondo de sus pensamientos:

- ¿Hay algo que te gustaría contarme?

Con cualquier otro paciente, esta iniciativa por parte de él hubiera sido motivo para acabar la conversación por ese día. No hay que involucrar la vida del profesional sobre ningún paciente, pero en esta ocasión José está deseando contarle algo sobre si mismo. Vuelve la cabeza de nuevo hacia el cristal de la puerta y confía en que no haya nadie detrás.

- Bueno, yo la verdad es que vivo solo. Hace no mucho tiempo conocí a una mujer de la que me enamoré y la relación fue maravillosa hasta que ella un día decidió dejarme para no volver. Creo que sentí algo parecido a lo que tú me cuentas, pero en mi caso todo acabó mal, y mi corazón se resiente en cada latido. Yo ya no tengo edad para enamorarme y luego soportar el dolor del abandono. Cada noche al acostarme comienzo a imaginarla. Si cierro los ojos creo volverla a sentir y es entonces cuando el reflejo de la felicidad me ilu-

mina. Vivo de un destello en una vida anterior, un reflejo tan intenso que me confunde por momentos. Cuando estaba a mi lado, no había nada que no quisiese compartir con ella.

Las tardes de paseo a su lado fueron los momentos más fascinantes de mi austera vida. Cogerla de la mano y acariciarla, suponía sentirme amo y señor del mundo. Nunca antes me había sentido tan vivo como entonces. Nadie estuvo a mi lado para explicarme que aquello podía acabarse. Yo no podía imaginar que podía perderla; en mi cabeza no existía esa posibilidad pues algo tan intenso y bonito no dejaba espacio a la duda. Sin embargo, un día me encontré con el dolor de su abandono. Me dijo que no podía continuar conmigo porque no era capaz de corresponderme de la misma manera que yo. Yo no me lo creo, no puedo imaginar que el amor que yo sentí fuese inútil. No se pueden crear unos sentimientos tan perfectos en mi cuerpo si la perfección no existe también al otro lado. ¿De qué manera ilusoria pude yo crear en mí semejantes sensaciones? ¿Qué o quién puso en mi cabeza esa idea de amor platónico para luego robármela? Aún hoy no puedo creer que me sucediese aquello. No tengo familia, nunca he conservado a mis amigos, y la soledad ha sido lo único que cada día me ha esperado en casa. El trabajo siempre ha sido mi escapatoria, mi oasis de realidad, donde consigo relacionarme con la gente. Aquí consigo ayudar a mis pacientes, y me siento útil.

Otro silencio llena la habitación. José se ha dado cuenta que inconscientemente cuando él ayuda a sus pacientes, realmente se está tendiendo la mano a sí mismo. Carlos mira fijamente a su confidente, sonriendo pues él también se ha dado cuenta de ese detalle. - Todos somos pacientes pues todos necesitamos ayuda, y todos la buscamos en los demás- piensan ambos.

José comienza ahora a descansar de un íntimo peso, a pesar de que todas las estipuladas directrices hubieran rechazado liberarlo dentro de esas paredes. Ahora puede continuar hablando con Carlos a un mismo nivel. Las barreras se rompen para que en esta conversación los dos interlocutores obtengan beneficio. José decide seguir hablando de aquello que tanto le gusta relatar: su amor no correspondido pero ilimitadamente sentido. Carlos

le escucha al tiempo que se gira para mirar por la ventana hacia un infinito lleno de posibilidades y José dirige su vista también hacia ese horizonte que trabado hasta el momento, parece finalmente abrirse ante él. Los comentarios sobre sentimientos de amor puros se confunden entre dos personas encontradas en un mundo real de sueños. La felicidad por la reciente liberación comienza a adueñarse del gris cuarto. José aprieta con sus manos el informe de Carlos, y finalmente lo deja caer sobre el viejo suelo de baldosa marrón.

Tras la puerta dos compañeros de José dialogan mientras observan el interior del cuarto por el velo de cristal.

- Dicen que lleva así varios días. Habla solo y no se da cuenta de que todo es fruto de su imaginación. Su casa está llena de libros que parece haber leído. Libros de amor, filosofía, ciencia... - dice uno de ellos.

- Parece ser que todo comenzó cuando le ocurrió aquello con esa chica -comenta el otro con una mirada triste al interior-, y yo la verdad es que todavía no puedo creérmelo; ha creado en su mente un ser a su medida sobre el que refleja la explicación y respuesta a todos sus temores y pasiones. Un ser que siente tal y como a él le hubiese gustado sentir.

Los folios blancos e inmaculados que yacen sobre el suelo muestran la realidad de una habitación que sólo acoge dentro de sí a un veterano enfermero que cruzando todos los límites, ha pasado sin saberlo a ser paciente. El amor y la soledad se funden en él para crear un mundo adecuado a su verdad, un mundo donde el amigo que los demás no ven, el "Magoamor", le guía desde la amistad.

